

Andarina, la oveja que quería tener colores

Rudy Terceros

loquelego

*para mis abuelos,
Flora, Manuel, Hilda y José*

Nubes grises

Las nubes eran ovejas grises esponjosas que revoloteaban en ese campo azul triste. Llovió todo el día, por eso no sacaron a Andarina del corral, ni a ella ni a ninguna de las otras ocho ovejas. El lugar tenía la mitad cubierta de techo de calaminas sobre palos de madera y la otra mitad al aire libre del campo. Un lugar, se diría, que no suele provocar esa cosquilla pequeña al principio que después crece en el corazón y necesita salir y crear; lo que algunos llaman inspiración. Pero la inspiración suele estar en los lugares más inesperados, como iba a aprender Andarina.

—No seas impaciente —le dijo un carnero sacudiendo orgulloso sus cuernos negros con manchas moradas que se veían apenas—. Los dueños de casa no salen si llueve. No desde esa vez que casi te pierdes.

10 —Pero ya no está lloviendo —reclamó Andarina con una vocecita nublada—. Hasta ya hace calorcito—. Trotó alrededor del carnero con su voz de cordera de tres meses.

—¿Qué dice la chitita? —Se asomó una oveja gorda negra con manchas blancas y café de distintos tonos. Enseñó sus dientes de color amarillo sucio en un intento de sonrisa que se veía maliciosa.

—No le digas así —reprendió el carnero.

Es que Andarina era una ovejita que no tenía mamá y por eso algunas la llamaban así: chitita, como un sobrenombre poco cariñoso.

—¡No me grites! —se defendió la oveja mayor—, yo solo quiero saber qué dice ahora. No quiero que esté pensando en alguna nueva tontería.

En eso estaban cuando se escuchó un silbido. Era como si alguien quisiera espantar, con una melodía, las nubes que todavía se deshacían en unas líneas de agua blanca.

11

—¡Chuí! ¡Chuí! —El grito del joven pastor ahora alertó al pequeño rebaño—. ¡Chuí! ¡Chuí! Ya está dejando de llover, damas —el carnero sacudió sus astas— y caballero —completó el joven ajustándose una gorra negra descolorida. Ya no llevaba la ropa que usaba por las mañanas en la escuela. Enseguida destrancó el corral y entró silbando y aplaudiendo.

“¡Por fin!”, Andarina se hinchó de alegría y salió dando cabriolas. Pedro, el pastor,

hizo el ademán de acariciarla, la cabecita de la oveja fue más rápida. Se adelantó al resto de sus compañeras empujando en todas direcciones. —¡Espera, Andarina! —dijo el pastor corriendo a su vez.

12 Todas salieron, Pedro atento a que no se le escapara la más pequeña. Un viento atrasado sacudió su poncho café oscuro. Por un instante el joven pareció una mariposa nocturna que condujera unas motitas de polen blanco opaco.

Pudo alcanzar a la pequeña y la levantó en brazos.

—Mira, mira el cielo —. La ovejita estaba más interesada en saltar al piso y seguir corriendo rumbo al campo—. Mira arriba.

Andarina no tenía ni idea de lo que significaba mirar arriba, nunca lo había hecho. Todo lo que necesitaba estaba siempre

abajo, en el suelo: el agua, el pasto; la pelota descolorida con la que Pedro a veces intentaba que jugaran juntos. ¿Para qué mirar arriba?

—¡Mira! ¡Mira al cielo, Andarina!

Sin entender mucho el por qué ni para qué, la ovejita levantó la vista. Miró. Se quedó sin balidos en la garganta.

13

Resultó que el cielo, donde el cansado sol se debatía aún con las nubes oscuras, tenía unas líneas brillantes, todas juntas.

—Es el arcoíris —sonrió Pedro—. Ese es el color rojo.

Andarina no entendía cuál era.

“Ese es el violeta.

A la oveja comenzaban a llorarle los ojos, no quería ni pestañear, ¿y si esos colores desaparecían?

“Ese es el color naranja. El verde...”

Ese color sí lo reconoció Andarina, aunque ahí “arriba”, el verde era más brillante; como si el verde del pasto hubiera estado siempre entre sombras. ¡Ese rojo, ese violeta, ese naranja, ese verde que nunca antes había visto tan luminoso!

14 Andarina no pudo más y cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo los colores seguían ahí. Brincó de los brazos de su amigo. Y siguió brinca y brinca tratando de acercarse a los nuevos colores.

Pedro adivinó lo que quería la oveja.

—No —rio—. No puedes acercarte al arcoíris.

Ella no escuchó y siguió dando saltos con todas sus fuerzas. “¡Quiero tener esos colores!”

Esa tarde olvidó pastar.

Se cansó tanto que al final se acurrucó a los pies de su amigo que, sentado en una enorme piedra, leía un libro que le habían prestado.

Como habían salido tarde a pastar, el joven decidió que se quedaran tarde. Ya la noche comenzaba a dar sus pinceladas cuando pasó por ahí una señora con el vientre redondo:

—Pedrito, ¿está tu mamá en casa?

—Doña Martita, buenas tardes. Sí, está. Justo la estaba esperando. ¿Le puede decir que yo voy más tarde?

Poco después la lluvia volvió a mojar su sombrero. Levantó a su pequeña amiga y todos volvieron a casa.

Andarina soñó toda la noche que los colores la inundaban.